

A propósito de Los Herederos. Los estudiantes y la cultura de P. Bourdieu y J.-C. Passeron

Guillermo Sánchez M.¹

Casi cuarenta años después de su primera publicación, la lectura de *Les Héritiers. Les étudiants et la culture*² sigue siendo una verdadera experiencia –en el sentido fuerte del término– pese a su envejecimiento (más en los datos que en el enfoque) y el de sus lectores, y tal vez, gracias a su «estilo», lo que puede parecer paradójico, ya que el libro no se brinda muy fácilmente al lector y más bien parece enfrentarlo con sus tesis, con sus aparentes contrasentidos (el sistema educativo: una «elección de los elegidos»), con sus términos a primera vista excluyentes (los estudiantes: aprendices o aprendices de brujo), especialmente si el lector ejerce el oficio de estudiante o el de profesor pues el libro constituye un verdadero socioanálisis de estas dos ocupaciones.

Si el libro tuvo un gran éxito y fue leído por toda una generación en muchos países, esto no se debió tanto a los temas examinados como al tratamiento o enfoque adoptado en su análisis. En efecto y solo por dar un ejemplo, en los años cincuenta el Instituto Nacional de Estudios Demográficos (I.N.E.D.) de Francia había emprendido una serie de investigaciones dirigidas por Alain Girard, que habían contribuido a remover las explicaciones más tradicionales sobre las desigualdades sociales ante la escuela, indicando que existían diferencias importantes de éxito escolar antes del final de los estudios primarios entre los alumnos provenientes de las distintas clases sociales. A comienzos de los años sesenta y ante la solicitud de algunos administradores que participaban en la preparación de las reformas escolares, el I.N.E.D. organizó una segunda investigación que consolidó y precisó los resultados de las investigaciones anteriores. En el mundo anglosajón los hechos ya eran conocidos e indagados desde finales de los años cincuenta, como es el caso –por dar otro ejemplo– de los estudios de Basil Bernstein sobre las relaciones entre la educación, el lenguaje y las clases sociales.

La novedad del trabajo de Bourdieu y Passeron radicó entonces en la manera de aproximarse a los hechos, en la forma de elaborarlos en tanto problema de investigación y en haber extraído las consecuencias de todas esas reflexiones, lo que le significó muchos elogios, las más diversas y contradictorias interpretaciones,

¹ Profesor del Instituto de Educación y Pedagogía de la Universidad del Valle.

² Les Éditions de Minuit. Paris. 1964 (existe versión castellana: *Los Estudiantes y la Cultura*. Editorial Labor. Barcelona. 1967).

numerosos malentendidos y una gran cantidad de agravios.

El libro, que se fundamenta empíricamente en una serie de encuestas publicadas íntegramente en otro trabajo (*Les Etudiants et leurs études*. Mouton. Paris 1964), en series estadísticas del Instituto Nacional de Estadísticas de Francia (I.N.S.E.E.) y de la Oficina de Estadísticas Universitarias y en un conjunto de monografías y preencuestas, se centra preferentemente en los estudiantes de la Facultad de Letras por considerar que esta es un excelente campo para estudiar la forma como los factores culturales influyen en las desigualdades escolares y aquellos son los principales protagonistas de las relaciones entre la Escuela y la Cultura, de este conjunto de relaciones la investigación aisló el problema de los privilegios culturales que constituye el objeto específico de la indagación. Pero más allá de esta especificidad el libro presenta una serie de hipótesis y de planteamientos sobre las desigualdades ante La Escuela, sobre los procedimientos más o menos sutiles mediante los cuales procede a la eliminación de los estudiantes provenientes de los grupos menos favorecidos de la sociedad, o los relega a ciertas disciplinas o los condena al estancamiento en sus estudios. En últimas el texto apunta a brindar una explicación compleja sobre la forma como el sistema educativo –y por esto los profesores– contribuye, de manera específica, a la reproducción de las divisiones sociales.

Así como al sistema escolar le gusta proclamar su carácter de institución neutral, al servicio de la cultura y de la República, de instrumento democrático de la movilidad social, los investigadores procedieron a hacer explícita una función menos evidente de la educación, la de legitimar, y en cierta medida perpetuar, las desigualdades de oportunidad ante la cultura, transmutando –mediante los criterios de juicio escolar que aquella emplea– los privilegios socialmente condicionados, en méritos o en «dones» personales.

Bourdieu y Passeron calcularon –con la ayuda de especialistas del INSEE– las probabilidades de acceso a la universidad según el origen social y el sexo, estudiaron empíricamente las actitudes de los estudiantes y de los profesores y analizaron las reglas –muchas veces no escritas– de juego universitarias, y así pusieron en evidencia, más allá de la influencia de las desigualdades económicas, el papel de la herencia cultural, esa especie de capital sutil, hecho de saberes, de destrezas y de habilidades comunicativas, que los jóvenes de las clases favorecidas heredan de su medio familiar y que constituye un patrimonio, tanto más rentable cuanto que los estudiantes y los profesores se niegan a percibirlo como un producto social.

Los factores sociales de diferenciación actúan siempre en el medio estudiantil, pero, como nos lo advierten los autores, no a la manera de un determinismo mecánico, así por ejemplo, el patrimonio cultural heredado no favorece de manera automática a *los herederos*, ni de igual forma: como todo patrimonio los privilegios culturales heredados pueden ser dilapidados o usados de manera racional.

El sociólogo Alain Gras nos recuerda que *Los Herederos* fue el libro de cabecera de los contestatarios de mayo del 68 pero también que frecuentemente fue mal

leído e interpretado, en buena medida porque el libro fue leído en clave moral, o normativa o política, como si sus páginas constituyeran, fundamentalmente, una especie de enjuiciamiento, de juicio de responsabilidad al sistema educativo. Las ideologías obnubilaron a los protagonistas y los intereses y valores depositados en la educación por parte los profesores, de los estudiantes, de los militantes incidieron fuertemente en sus opiniones y en sus prácticas en relación con la educación y por supuesto con el verdadero significado del libro reseñado, cuyas tesis fueron objeto de adoración e idolatría pero igual y simultáneamente de rechazo e indignación. La versión mistificada que profesores y estudiantes parecen tener de la enseñanza (ratificando la gran eficacia de la «ideología de los dones») y de su propia condición no se correspondió en nada con la imagen finamente elaborada en la trama de los análisis de *Los Herederos*.

Precisamente ese tema –el de la sociología de la condición estudiantil y de la condición profesoral– es uno de los temas centrales del libro. No parecen haberse advertido de su importancia y a veces ni siquiera de su presencia muchos manuales y antologías de sociología de la educación que dan la impresión de no haber pasado del primer capítulo o de haber dejado de lado las reflexiones muy sugestivas sobre el *homo academicus* (noción utilizada desde entonces) en su versión juvenil.

Los dos sociólogos franceses desmenuzaron la condición estudiantil y llegaron a conclusiones muy polémicas, casi chocantes, para la sociedad francesa de hace cuarenta años. Como todo grupo profesional, los estudiantes son o deberían ser susceptibles de un análisis en términos de sus actividades, de sus comportamientos, de sus ideologías, pero el análisis se dificulta mucho en ese caso.

Los estudiantes no parecen constituir un grupo social *homogéneo, integrado, independiente* y, si no fuese por cierto grado de integración con otros grupos (familia, asociaciones religiosas, etc.), tendería a ser más un agregado sin consistencia que un grupo profesional, casi una situación de anomia.

Muchas diferencias, originadas todas en su procedencia social, y un solo aspecto común –estudiar– que le otorga apenas una identidad formal y además redefinido por esas diferencias, llevan a los autores del libro a la conclusión de que la sociología de la condición estudiantil es, un caso particular, de la sociología de las desigualdades ante la escuela y la cultura que transmite. Un enfoque sociológico muy coherente con la forma de entender la cuestión de la construcción del objeto de investigación, porque a lo largo del estudio los autores nos proponen, no una sino varias definiciones sociológicas, de la condición y de la situación de estudiante.

El estudio de las ideologías universitarias y de los «juegos ideológicos» permite otro encuadre y revela otras dimensiones de la condición estudiantil. Los estudiantes estaban condenados –en el contexto del sistema, muy tradicional, de las universidades francesas a mediados de los años sesenta– a vivir entre un cierto malestar resignado y la utopía milenaria, casi siempre dispuestos a sustituir la «crítica realista de lo real» por el «terrorismo conceptual de las reivindicaciones verbales».

La situación transitoria y preparatoria que lo caracteriza, obliga a enfocar al medio estudiantil no tanto por lo que dice o por sus actividades, como por la *significación*, por la *función simbólica* que le confiere a esas actividades, esa situación (recordemos, transitoria y preparatoria) determina que el estudiante sea más bien un «proyecto de ser», o, formulado de otra manera, «el estudiante es lo que *proyecta ser*». Por eso sus actitudes y sus comportamientos deben ser reconocidos, en primer lugar, por su carácter simbólico, es decir porque están destinados antes que nada, a afirmarse y a afirmar ante los demás su «aptitud para ser autor de una imagen».

El esfuerzo evidente de pensar el problema bajo una perspectiva relacional y de tomar distancia de las descripciones empiristas, cristaliza en una conceptualización de los estudiantes en la que no son reducidos a la clase social de origen, a sus actividades, o a su condición, porque dada su calidad de «novicios de la inteligencia», lo que los singulariza es *la relación* que sostienen con esos aspectos y su voluntad de vivirla, «en tanto aspirantes a intelectuales», según los modelos de la intelectualidad, pero reelaborados por la mentalidad estudiantil.

Ideologías e imágenes fruto de una relación tradicional con la cultura, condicionan a estudiantes y profesores a una aprehensión indirecta y simbólica de lo real, a percibirla a través del «velo de la ilusión retórica».

Así pues, tras las *identidades que se declaran* (una supuesta condición estudiantil unitaria, irreductible y específica) la sociología de las ideologías hace explícitas las *diferencias encubiertas* (condiciones de existencia estudiantil muy diferentes, diferencias entre las disciplinas, contraste marcado entre París y las provincias) y simultáneamente revela la *identidad que se oculta* (mayor peso, tanto en el número como en el status de los estudiantes de origen burgués, obediencia a las normas intelectuales) tras las *diferencias declaradas* (juego permanente de la diferenciación ideológica, política, estética).

Por supuesto que esta descripción que les atribuye a todos los estudiantes las características del grupo dominante –un tipo ideal de estudiante– es consciente de que la condición estudiantil no supone estar forzado inevitablemente a una experiencia irreal y lúdica, vivida por todas las categorías estudiantiles de manera uniforme. A medida que aumenta el número de estudiantes de origen popular, portadores de otros valores y actitudes frente a los estudios y el futuro profesional y forzados a una vivencia mucho más realista de su situación, la descripción debe transformarse.

Pero aún otro escenario es posible, el de las relaciones entre la situación del estudiante y su futuro profesional: aquí los autores procedieron a elaborar una construcción hipotética, un tipo ideal de comportamiento estudiantil, totalmente racional, esto es un comportamiento que implicara exclusivamente unos *medios* considerados pertinentes con relación a unos *fines* unívocamente propuestos, un modelo que si bien puede ser considerado utópico, permitió establecer, por contraste, la racionalidad y el realismo de los comportamientos y las ideologías.

En esas condiciones y desde esa perspectiva teórica y metodológica novedosa Bourdieu y Passeron vuelven a hacerse la pregunta, ¿qué es lo constitutivo de la definición de estudiante? y esbozan una respuesta: estudiar no es crear una cultura, mucho menos una cultura nueva; no es hacer; no es producir. Estudiar es *crearse*, hacer es siempre *hacerse*, es *producirse* como capaz de producir. Su actividad específica en tanto aprendiz es el aprendizaje de la actividad intelectual, mediante el entrenamiento y los ejercicios, una perspectiva que toma distancia, deliberadamente, de una imagen romántica del trabajo intelectual (el «creador» visitado repentinamente por la inspiración) pero igualmente de una concepción pasiva del aprendizaje (el alumno que traga en silencio la información). Desde el punto de vista del modelo, el estudiante tiene como tarea central trabajar por su desaparición como estudiante, con la ayuda del profesor y amparado en aquello por lo que este es profesor, lo que supone trabajar, simultáneamente, por la desaparición del profesor en tanto profesor; pero atención, esta visión es completamente distinta de la que propone una concepción mágica de esa abolición, de una perspectiva mistificada de esa desaparición, la que cree abolirse «sin imponerse la paciencia y el trabajo de la negación».

La distancia entre el modelo o hipótesis del aprendizaje racional y la realidad de los comportamientos de estudiantes y profesores es enorme. Unos y otros extraen sus propios beneficios de la situación tradicional, además y simultáneamente, coinciden en denunciar la «pasividad de la relación pedagógica», este conjunto de circunstancias les proporciona grandes satisfacciones.

La experiencia deformada de la condición estudiantil que autonomiza el presente del futuro profesional, los medios de los fines, presenta como contraparte una experiencia mágica de la condición profesoral: se sustituye una relación, técnicamente condicionada, entre un aprendiz y un pedagogo, «por un encuentro, muy deseado, *entre elegidos*».

Pero dentro de esta condición general existen diferencias muy marcadas: la distancia entre el futuro profesional –más o menos incierto, más o menos indefinido– y la actitud ante el futuro y la organización racional de la actividad académica, es una función del origen social, del tipo de futuro profesional y depende de la situación de cada categoría de estudiante. La diferencia entre un estudiante de Letras, uno de Medicina y uno de las Grandes Escuelas francesas es, a este respecto, muy grande.

Para finalizar tal vez convenga decir que, a la hora de juzgar la importancia y el alcance de los planteamientos, el grado de obsolescencia de las descripciones, de las hipótesis, de los enfoques, el lector contemporáneo de *Los Herederos* debería tener en cuenta que el esquema analítico empleado fue depurándose en un proceso largo de reflexión teórica, sustentado siempre en referentes empíricos, que se decantó en *La Reproducción* (1970) para luego complejizarse enormemente en el modelo presentado en relación con los mecanismos que contribuyen a la reproducción del espacio social y del espacio simbólico en *La Nobleza de Estado* (1989).

Pero además se debería poner atención, a la hora de los balances, al hecho de que *Los Herederos* es uno entre un conjunto de trabajos realizados entre 1964 y 1970, casi todos producidos dentro del ámbito institucional del Centro de Sociología Europea, muchos de ellos nunca traducidos al castellano y que se ocupan de temas afines o complementarios a los examinados en el libro que aquí reseñamos; así por ejemplo, el de las profesiones intelectuales, las clases preparatorias y las facultades, los estudiantes de ciencias, los valores del sistema universitario francés, o la idea de una pedagogía racional. Convendría traducir y publicar algunos de esos artículos, que muy seguramente contribuirán a iluminar y matizar los planteamientos consignados en la obra examinada.